

General Dávila surgido en Honduras como resultado de la invasión y el triunfo militar de Zelaya, sino que no tardó en reconocerlo en interés de la paz y de acuerdo con la opinión del Gobierno de México, previamente consultado al efecto.

Esto no sería hoy posible; y a la luz de la situación tal como existe y como comenzó a formarse desde la caída de Zelaya, derribado por Washington, parece inverosímil. El propio Zelaya, que en 1907 tuvo el valor de seguir su camino, a pesar de Roosevelt, que no se oponía sino que simplemente intercedía como amigo, no lo tuvo para sostener su gobierno y defender la dignidad y la soberanía de su patria contra el asalto de Washington bajo Taft y Knox en 1909, y en un momento de cobardía y de ruín abandono de sus más sagrados deberes en la oportunidad más preciosa que puede presentarse a un hombre en su posición en toda la vida para salvar con su firmeza a su patria de los más grandes peligros y eternizar un noble y fecundo ejemplo en la historia, huyó ignominiosamente de su puesto de honor y de acción, dejándolo a otras manos, que no sabrían tampoco mantenerlo y que cederían a su turno el paso a las legiones de la traición y el saqueo bajo el terror de las amenazas, las transgresiones, los desmanes y las coacciones de Washington.

En Centro América no se han dado cuenta de lo que significa la caída de Zelaya empujado por Washington. No ha ocurrido sin embargo en la América un acontecimiento tan trascendental ni tan funesto como éste para la causa de la moral, del derecho, del orden internacional, de la soberanía, la independencia, la libertad, la seguridad, la integridad, la existencia de los países centroamericanos.

* *

En los comienzos de este siglo reinaban supremos en Centro América tres despotismos personales, el de Zelaya en Nicaragua, el de Estrada Cabrera en Guatemala y el de Regalado en El Salvador. Estos tres opresores recelaban unos de otros y se odiaban entre sí. Regalado detestaba a Estrada Cabrera y estaba siempre pronto a la provocación y el insulto. Estrada Cabrera odiaba cordialmente a Zelaya, quien a su vez odiaba cordialmente a Estrada Cabrera. Estos rencores, en realidad inmotivados y medioevales como el régimen que cada uno de ellos personificaba en su respectivo país, eran activos y agresivos y se resolvían en guerras entre los pueblos que oprimían. Regalado murió en una de estas guerras estúpidas.

En junio de 1906, los ejércitos de Regalado y Estrada Cabrera, fuerte

de doce mil hombres cada uno, se hallaban frente a frente en la frontera. La guerra era inminente. El Ministro americano, Mr. Merry, interpuso sus esfuerzos en El Salvador y en Guatemala para evitarla, pero pronto se persuadió de que eran vanos porque Regalado quería la guerra a todo trance y había penetrado ya en territorio de Guatemala. El Secretario de Estado, Mr. Bacon, ordenó a Merry que persistiera a pesar de todo en sus esfuerzos por la paz, pero le advirtió (julio 11, 1906) que «tuviera gran cuidado de no amenguar de ningún modo los derechos soberanos» de los dos gobiernos.

Para mediar en el conflicto, Washington, desconfiando de la eficacia de su esfuerzo aislado, solicitó el concurso de México. El Gobierno de los Estados Unidos, dijo Mr. Bacon al Embajador en México, Mr. Thompson, «está ansiosísimo de hacer cuanto sea posible para preservar la paz, pero esto es evidentemente imposible sin la activa cooperación del Gobierno de México», y ordenaba al Embajador que a nombre de Roosevelt dijera al Presidente de México «que deseando ardientemente el Presidente contribuir a evitar la guerra en Centro América, quería confiar principalmente en el consejo del Presidente Díaz».

La oportuna muerte de Regalado, en julio, facilitó y abrevió la obra de reconciliación, lo que prueba que la guerra no tenía objeto. Roosevelt y Díaz se dirigieron por cable a los Presidentes de Guatemala y El Salvador, en sendos despachos, concebidos en el espíritu del más perfecto respeto por la dignidad y los derechos de ambos gobiernos. Ofrezco, agregaba el cablegrama de Roosevelt, «la cubierta del vapor de guerra americano *Marblehead*, que en estos momentos navega hacia la costa de El Salvador, como un lugar neutral donde los representantes de Guatemala y Salvador puedan reunirse a considerar términos de paz, después de pactar un armisticio». Este despacho concluía con la siguiente declaración: «Mi acción tiene la plena aprobación del Gobierno de México». En un telegrama posterior, Bacon dijo a Thompson que Roosevelt «estaba deseoso de apoyar al Presidente de México en lo que éste hiciera» para mantener la paz en Centro América.

Como una prueba de la delicadeza y el tacto con que éstas gestiones se hacían por parte del Gobierno de los Estados Unidos, y del vigilante esmero que ponían en no dar motivo alguno para que se desconfiara o se sospechara de sus móviles, citamos expresamente aquí un despacho de Bacon para el Ministro Merry en El Salvador en que le instruye «que explique, si es necesario, que el ofrecimiento del *Marble-*

head como punto neutral de reunión se ha hecho con la mira de resolver cualquiera posible dificultad en la reunión de los representantes de los dos gobiernos, y no excluye cualquier otro medio en que puedan ejercerse los buenos oficios del Presidente».

Las condiciones del armisticio se arreglaron por conducto del Presidente Díaz, de México. La Conferencia de paz se verificó a bordo del *Marblehead*, en las aguas de San José de Guatemala. Concurrieron a ella El Salvador, Guatemala y Honduras como aliado de El Salvador. Por iniciativa de El Salvador, los gobiernos de México y Estados Unidos estuvieron representados en la conferencia con carácter «simplemente amistoso y consultivo y como evidencia de la buena voluntad y cordial cooperación de parte del Presidente de México y del Presidente Roosevelt». (Bacon a Merry, julio 17, 1906).

El 20 de julio se firmó el tratado de paz, cuyo texto es otra prueba de que la guerra no tenía objeto. Las cosas volvían simplemente al estado en que estaban antes de la guerra. El artículo quinto establecía el arbitraje para toda clase de diferencias y designaba como árbitros al Presidente de los Estados Unidos y al Presidente de México.

* *

Siete meses de vida contaba la paz del *Marblehead* cuando el flagelo de la guerra hizo de nuevo irrupción en Centro América. Esta vez eran Honduras y Nicaragua; pero Honduras no era sino un accidente. La causa verdadera era el odio incurable entre Estrada Cabrera y Zelaya, separados geográficamente por Honduras y rivales por la misma razón en el empeño de crear y mantener en Honduras una situación política que respondiera a los requerimientos de uno y otro en la lucha incesante del uno contra el otro. Un amigo de Zelaya en el poder en Honduras, era un peligro para Estrada Cabrera, y viceversa, un amigo de Estrada Cabrera en el poder en Honduras era un peligro para Zelaya. Los dos dictadores se temían y se hostilizaban y lo que defendían era la permanencia de su dominación.

En frecuentes conversaciones con los diferentes ministros centroamericanos en esta capital, dijo Root en un despacho (febrero, 1907) al Encargado de Negocios en Costa Rica, Nicaragua y El Salvador, «estamos tratando de elucidar los hechos de la actual diferencia y abrir el camino para una mejor inteligencia en interés de la buena voluntad que imparcialmente deseamos que prevalezca entre ellos».

El 24 de setiembre de 1906, dos meses después del pacto del *Marblehead*, El Salvador, Guatemala y Hon-